

Cazando mariposas

Entre innumerables conversaciones sostenidas en la deshabitada casa de calle Latorre, llegábamos a la conclusión de que nuestra práctica como coordinadores de investigación se acercaba más a la etnografía: de a poco ensayábamos un método que nos permitiera entender la observación y tantas palabras nuevas —o que era necesario volver a definir—, los actos y todo el sentido simbólico de la Escuela que al comienzo se nos presentaba en estado brumoso. Tardamos varios años en concebir una visión más amplia de cómo se daban la creación y la investigación en ese contexto.

Así nos transformamos en intérpretes de una cultura singular para traducirla a un lenguaje de investigación y comunicación académica, estableciendo diversos códigos al modo de un experimentado etnometodólogo, que reserva con cautela sus anotaciones de campo. «Vamos a cazar mariposas», era la señal que acordamos para impulsarnos a salir de la oficina hacia la casa de calle Matta, en busca de pistas que nos permitieran llevar adelante nuestra tarea. Nos hicimos conocidos como la dupla Adriana & Félix, una fórmula que medio en broma, hacía de nuestros nombres una especie de marca.

Entre pasillos y escaleras, intentábamos pillar a las resbaladizas «mariposas» (profesores de Arquitectura y Diseño), mientras se entretejían silenciosas redes. No era fácil transportar dimensiones de un mundo a otro, considerando que el trabajo en la Escuela se conduce por sus propias leyes, impregnadas de rigor, pero con mucha soltura creativa, y persuadirlos de encauzar ese desarrollo artístico a resultados pragmáticos, a veces áridos, podía sonar poco atractivo. Algunos, demasiado etéreos, resultaron imposibles de convencer. Con

otros, logramos coordinar artículos, proyectos, alguna que otra postulación, y sobre todo mantener conversaciones que dieron forma a más de un escrito en el tiempo. Esas eran nuestras «redes» para atrapar la creatividad que se escurría en conceptos como «el vacío», «la expansión», «el elogio» y en formas inhabituales de la poesía; aunque más que una cacería, eran momentos de diálogo y cocreación.

El 18 de enero de **2019**, habiendo cerrado la difusión del proyecto Fondart de Ricardo Lang, se hizo una reunión final para hablar de cosas generales y de pronto, sin aviso previo, David Luza dedicó unas palabras de despedida para Adriana que partía a Brasil a hacer sus estudios de doctorado. El reconocimiento, muy emotivo, por tratarse del último momento vivido colectivamente, se coronó con un almuerzo en el Patio de la Palmera. Una mesa diseñada en la que compartimos y brindamos el cierre de una etapa donde aprendimos a transitar entre dos planetas que de lejos parecían enfrentados: investigación y creación.

Adriana Marín y Félix González